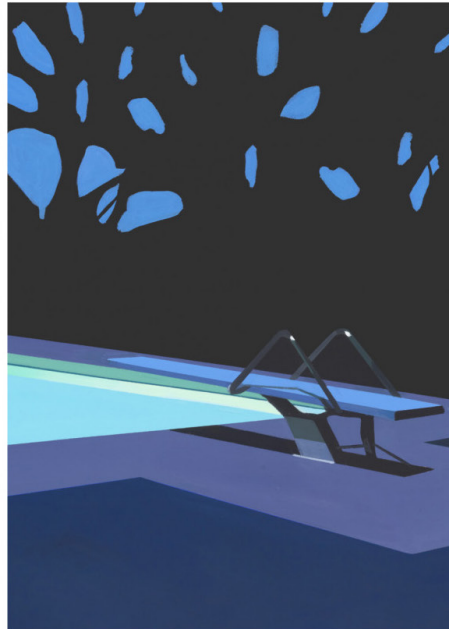




Guía de lectura

DEJAR EL MUNDO ATRÁS RUMAAN ALAM



narrativa
salamandra

Penguin **Club de lectura**

EL FENÓMENO

La publicación de *Dejar el mundo atrás* en 2020 produjo tal revuelo cultural en Estados Unidos que, como suele ocurrir con fenómenos editoriales tan repentinos, las productoras batallaron por conseguir los derechos para la adaptación cinematográfica. Hubo un baile de ofertas de la Metro-Goldwyn-Mayer, de Apple y de Netflix, que fue la que acabó firmando el contrato de una película que, dirigida por Sam Esmail (*Mr. Robot* y *Homecoming*) y protagonizada por Julia Roberts y Denzel Washington, que vuelven a coincidir treinta años después de la mítica *El informe Pelicano*, llegará próximamente a las pantallas.

Dejar el mundo atrás no sólo ha fascinado a los productores cinematográficos, sino también a los lectores y la crítica de Estados Unidos, como demuestra el hecho de que quedara finalista del National Book Award en 2020, se mantuviera en las listas de *best-sellers* de *The New York Times* y fuera considerado uno de los libros del año por *Time*, *The Washington Post*, *The New Yorker* o Barnes & Noble. Traducida ya a más de veinte idiomas, la novela ha obtenido un éxito parecido en todos los países en los que se ha publicado. ¿Cuál es el motivo de semejante repercusión? Muy sencillo: *Dejar el mundo atrás* es, además de una excelente novela, una advertencia. Una advertencia sobre lo que nos ocurrirá el día en que el planeta diga basta. Una advertencia sobre cómo reaccionaremos cuando empiece el apocalipsis. Una advertencia sobre la desesperación que sentiremos cuando la tecnología deje de funcionar. Una advertencia sobre lo difícil que será tener que confiar en absolutos desconocidos para sobrevivir. Una advertencia, en definitiva, de lo que está por venir.

Dejar el mundo atrás cuenta la historia de dos parejas que no se conocen, pero que deberán compartir una casa perdida en medio del bosque mientras el mundo se desmorona. Con un argumento tan sencillo, Rumaan Alam ha puesto en jaque a la sociedad estadounidense, principalmente porque ha cuestionado el sistema de vida actual de las clases media y alta —mostrando su racismo latente y su absoluta dependencia de la tecnología— y ha planteado de forma muy realista la proximidad de ese día en que el planeta se revele contra su mayor enemigo: el ser humano.

Al principio, *Dejar el mundo atrás* parece transitar por los cánones de la comedia familiar, pero enseguida se transforma en un *thriller* y, a continuación, en una distopía. Gracias a una serie de giros narrativos y una ambientación perfectamente orquestados, la acción adquiere tal grado de verosimilitud que el lector transita de estremecimiento en estremecimiento hasta el final. En este sentido, resulta significativo que esta novela haya sabido captar un sentimiento global que la pandemia no ha hecho más que exacerbar: el miedo al fin de nuestra sociedad del hiperconsumo.

SINOPSIS

Amanda y Clay, un matrimonio de clase media de ideología liberal, abandonan Nueva York para pasar unos días de vacaciones veraniegas en un rincón perdido de Long Island. Han alquilado una casa en medio del bosque y, a primera vista, todo es estupendo: la decoración, la piscina, el paisaje... Al fin podrán disfrutar del descanso que ambos ansían y divertirse junto a sus dos hijos adolescentes (Archie y Rose), que pronto volarán por su cuenta.

«Estaban de vacaciones. Por la noche, tras las hamburguesas, las salchichas y los calabacines a la plancha, tras los cuencos de helado con trocitos de galleta por encima (y quizá fresas cortadas) cabía la posibilidad de que follaran. No de que hicieran el amor. Eso se hacía en casa. Durante las vacaciones se follaba con sudor, humedad y el encanto de lo ajeno sobre unas sábanas Pottery Barn pertenecientes a otros.»

Sin embargo, las cosas se tuercen por la noche, cuando alguien llama a la puerta. Amanda y Clay se ponen de inmediato en guardia, temerosos de que alguien pueda atacarlos en un lugar tan remoto, y no se relajan ni siquiera cuando descubren que los recién llegados son los propietarios de la vivienda. Ruth y G. H. son un matrimonio afroamericano y sexagenario de clase alta que se ha presentado

en su propia residencia de veraneo porque, según dicen, ha habido un apagón en Nueva York y, temiendo algún tipo de desastre que les impida acceder a su piso de la ciudad, han decidido refugiarse en la casa del bosque.

«Otra vez, innegable: un ruido. Una tos, una voz, un paso, un titubeo, la inclasificable certeza animal de que hay otro miembro de tu especie en las inmediaciones y la pausa, elocuente, a la espera de ver si tiene propósitos nefandos. Llamaron a la puerta. Golpes en la puerta de esa casa, donde nadie sabía que estaban, ni siquiera el sistema de posicionamiento global, esa casa cercana al mar, pero perdida entre campos, esa casa de ladrillos rojos pintados de blanco, el mismo material que eligió el cerdito más listo porque lo protegería mejor que ningún otro. Llamaron a la puerta.»

El caso es que Amanda y Clay son blancos y, aunque no quieran reconocerlo, no acaban de fiarse de los dos negros que se han presentado allí asegurando que son los propietarios de la casa y contando una historia rocambolesca acerca de un apagón masivo en Nueva York. Por su parte, Ruth y G. H. percibirán esta desconfianza, al tiempo que se sentirán incómodos al tener que hacer de invitados en una residencia que les pertenece.

«¿No era el argumento de *Seis grados de separación*? Los habían dejado entrar porque eran negros. Era una manera de poner de manifiesto que no creían que todos los negros fueran unos delincuentes. ¡De eso podía aprovecharse un delincuente negro astuto!»

Pero todas estas incomodidades irán pasando a un segundo plano poco a poco, a medida que vayan intuyendo que algo realmente importante está ocurriendo no sólo en Nueva York, sino también en toda la Costa Este, y quizá en todo el país e incluso en todo el planeta. Aunque la casa sigue contando con electricidad, la tecnología parece haberse derrumbado: internet no funciona, los teléfonos no tienen línea, la televisión emite sin parar un mensaje de emergencia... Al principio lo atribuyen a la temporada de huracanes en la que están sumidos, pero enseguida perciben que algo de mayor trascendencia debe de estar pasando ahí afuera y empiezan a especular sobre posibles ataques terroristas, alteraciones en el medio natural, estallidos de guerras... y se asustan.

«Al pulsar sobre la alerta, la pantalla no lograba conectarse. Primero el mismo titular: “Informan de un apagón masivo en la Costa Este de Estados Unidos.” Luego: “El huracán Farrah recalca en Carolina del Norte.” Y más adelante: “Última hora, corte eléctrico en la Costa Este de Estados Unidos”, para acabar con un “última hora” seguido por letras sin sentido. Esperaba que funcionase la

tele. La radio pública no la escuchaban desde que a los cuatro años Rosie se puso a recitar “soy David Greene” y Archie, con siete, preguntó por las Pussy Riot. Habían protegido a los niños de muchos peligros.»

Y el pánico se acabará adueñando de ellos cuando, de repente, una manada de ciervos pase en estampida por delante de la casa y una bandada de flamencos chapotee en su piscina de un modo absolutamente anormal. Los intentos de los dos matrimonios por entender qué está ocurriendo los conducirán a la peor de las respuestas, sobre todo cuando un ruido ensordecedor inunde el cielo y Archie se ponga tan enfermo que se le vayan cayendo los dientes.

«Tuvo ganas de decir “un ciervo”, pero no iba a oírla nadie. Al mirar la casa por encima del hombro vio a sus padres hablando. No tenía permiso para meterse en la piscina, pero tampoco era lo que iba a hacer. Bajó los escalones y pisó el césped húmedo mientras el ciervo la miraba con poca o ninguna curiosidad. Rose ni siquiera había advertido que al lado había otro. No, más. Había cinco ciervos. Siete. Cada vez que ajustaba la vista tratando de entenderlo, descubría algo nuevo. Había docenas de ciervos. Si hubiera estado a mayor altura habría comprendido que eran cientos, que superaban el millar como poco. Tuvo ganas de entrar corriendo a contárselo a sus padres, pero también de quedarse donde estaba contemplando el espectáculo.»

LA DESCONFIANZA

Clay y Amanda son una pareja de neoyorquinos que llevan dieciséis años de matrimonio y tienen dos hijos: Archie y Rose. Amanda es una adicta al trabajo que acaba de ascender laboralmente y todavía no se ha acostumbrado a tanto poder. Su marido, Clay, es profesor de lengua y literatura, y también de ciencias de la comunicación, en una universidad privada, además de reseñista en *The New York Times Book Review*. Sus hijos, Archie y Rose, de dieciséis y trece años respectivamente, son dos adolescentes que viven en su propio mundo y que, como es normal, empiezan a sentir cierto desapego hacia sus padres. Como familia de clase media, blanca y liberal, quieren disfrutar al máximo de la lujosa casa que han alquilado, a ser posible

fantaseando con la idea de que ellos también pueden acceder a una vida de alto poder adquisitivo.

«[Clay] era profesor numerario y Amanda ostentaba el cargo de directora, pero no tenían aquel suelo mayestático ni aire acondicionado central. La clave del éxito era ser hijo de padres que habían tenido éxito. Aun así, durante una semana podrían hacer como si fueran los dueños. Su pene se irguió para saludar al sol, completamente tieso después de unos saltitos iniciales en reacción al porte de la casa. Encimeras de mármol, una lavadora Miele y Clay tenía una erección completa con la minga sobre la barriga como la aguja de una brújula en busca del Norte.»

Por su parte, el matrimonio de los Washington, Ruth y G. H., está compuesto por dos afroamericanos de clase alta que ya superan los sesenta años. Viven en la zona más cara de Manhattan y son los propietarios del chalet de lujo que ahora ocupan Clay y Amanda. G. H. (iniciales de George Herman) es miembro de la junta directiva de la Filarmónica de Nueva York, mientras que Ruth es una jubilada que piensa constantemente en su hija Maya y en sus nietos, a quienes no ve desde hace tiempo por desavenencias familiares.

«Necesitaba desesperadamente a Maya. Estaba en la cama, pero al mismo tiempo seguía en el coche, pensando en la niña: bebé contra su pecho, niña en su regazo, a los diez con brazos y piernas robustos y trenzas afro, adolescente lacónica, con camisa de franela y exceso de pendientes, universitaria, recién casada, madre radiante. En el cerebro de Ruth se solapaban todas las versiones de Maya. El piloto verde del descodificador le indicó que aún había corriente. Su móvil seguía sin dar señales de conectar con el mundo, pero tampoco esperaba lo contrario. Subió sin hacer ruido dejando que durmiera George.»

Evidentemente, la desconfianza entre ambos matrimonios domina gran parte de la novela. Clay y Amanda recelan de esa pareja que se ha presentado en la casa en plena noche afirmando que son los propietarios, mientras que Ruth y G. H. se sienten incómodos ante el hecho de tener que comportarse como si fueran invitados y tener que ocupar el cuarto del sótano ante la negativa de los inquilinos a cederles otro espacio. Gracias al narrador omnisciente, sabemos que el matrimonio blanco mira al negro con suspicacia, mientras que el negro se comporta con superioridad económica respecto al blanco.

«Clay sabía que no se le daban bien las caras. Tampoco veía imposible que hasta cierto punto se le dieran peor las negras. A él no le oírían eso de que “las veo todas iguales”, pero había pruebas, auténticos indicios biológicos, científicos, de que el ser humano reconocía mejor a las personas de su misma raza. ¿Qué tenía de racista aceptar que él probablemente habría encontrado más parecido entre mil millones de chinos que esos mismos chinos entre ellos?»

EXTRACTOS

Rumaan Alam no desvela qué acontecimientos están sembrando el caos. Tiene la suficiente habilidad como para que el lector especule junto a los protagonistas de la novela sobre los motivos de dicha transformación, sin llegar a una conclusión clara pero intuyendo la peor de las posibilidades.

«Clay se puso los bóxeres que había perdido durante la noche y se asomó al jardín. Pese a los augurios de tormenta, parecía una normalísima mañana de verano. Ya no se notaba ni una ráfaga de viento. De hecho, si se hubiera fijado (más de lo que le era posible), habría entendido que la calma era una reacción al viento. Se habría dado cuenta de que los insectos ya no hacían ruido y de que tampoco

cantaban los pájaros. Si se hubiera fijado, habría advertido que era uno de esos momentos raros en que la luna pasa por delante del sol, esa sombra pasajera que los animales no entienden.»

Al principio, los dos matrimonios barajan las opciones más lógicas, como un accidente aéreo o un atentado terrorista, cayendo en la previsible psicosis estadounidense relacionada con el 11-S. Pero los temores van en aumento y enseguida especulan acerca de posibles bombas sucias colocadas en distintos puntos de Estados Unidos, un ataque masivo por parte de los norcoreanos u otras opciones que los llevan a pensar en la inminencia de un desastre de proporciones planetarias.

«¿Cuánto hacía de lo de Hawái? Un año, ¿no? La falsa alarma por la que durante unos momentos espantosos los turistas, las parejas en luna de miel, los inconformistas, las amas de casa, los profesores de surf y los conservadores de museo habían pensado que era el final, que un misil procedente de la península coreana los borraría del mapa. ¿Tú cómo aprovecharías tus últimos treinta y dos minutos? ¿Buscando un sótano, mensajéandote con tus amigos, leyéndoles un cuento a tus hijos o quedándote en la cama con tu pareja? Seguro que la gente seguiría su propia destrucción con todo lujo de detalles por la CNN; eso en el supuesto de que hubiera desconexiones porque si no igual podías seguir viendo *El precio justo*.»

Pero entonces empiezan a sucederse extraños acontecimientos en el bosque. Y los dos matrimonios comienzan a imaginar la posibilidad de que la naturaleza se haya rebelado, que el cambio climático haya llegado a un punto de no retorno, que la Tierra haya decidido eliminar a esos seres humanos que la están destruyendo.

«Los árboles tenían todo el tiempo del que carecemos los demás. Quizá los manglares (con su inteligencia y la capacidad de las raíces para recogerse como faldas victorianas para absorber la sal del suelo) salieran indemnes junto con los caimanes, las ratas, las cucarachas y las serpientes. Quizá les fuera mejor sin nosotros. A veces el suicidio supone un alivio. A veces. Era la palabra indicada para lo que estaba sucediendo. La enfer-

medad del suelo, del aire y del agua respondía a un plan ingenioso. En el bosque flotaba la amenaza y Rose la sentía y otra niña la habría llamado Dios.»

Una manada de ciervos rodea la casa, una bandada de flamencos chapotea en la piscina, un calor sofocante impregna el ambiente... Y, de sopetón, un ruido ensordecedor inunda el cielo. No saben de dónde procede, no saben qué lo ha producido, no saben identificarlo, pero se repite en tres ocasiones y, aunque no alcanzan a entender cuál es su origen, intuyen que es una especie de grito del planeta.

«Se callaron como si supieran que estaba a punto de llegar. Y llegó. ¿El mismo ruido? Claro. Sí. Probablemente. Por qué no. A saber. Una, dos y tres veces. La ventana del fregadero se resquebrajó. La lámpara colgante que había encima del mármol también. Tendría que haberse ido la luz, probablemente, pero no se fue. Nadie sabría explicar nunca con exactitud por qué. Eran ruidos solapados pero discontinuos, ruidos (ellos no lo sabían) de aviones americanos en el cielo americano, de camino al futuro americano. Había un avión cuya existencia ignoraba casi todo el mundo. Un avión diseñado para actividades innumbrables que había puesto rumbo a esas actividades. Cada acción tenía una reacción equivalente y contraria, y había más acciones y reacciones de las que se pudieran contar con las ocho manos del grupo. Las intenciones de su gobierno y las de otros gobiernos: sólo una manera abstracta de referirse a las decisiones de

un puñado de hombres [...]. Millones de estadounidenses se apiñaban a oscuras en sus casas, aunque sólo unos miles oían esos ruidos y tranquilizaban a los niños y se tranquilizaban unos a otros mientras se preguntaban qué estaban oyendo. Había gente que se ponía enferma porque era su constitución. Otros escuchaban y se daban cuenta de lo poco que entendían del mundo.»

Cuando Archie cae enfermo, con fiebre muy alta y una extraña dolencia que le hace perder los dientes, el pánico se adueña de los dos matrimonios. Hay que llevar al chico al hospital, pero no saben qué se encontrarán cuando abandonen el bosque y se acerquen a una civilización que parece haber desaparecido.

«El flamenco siguió batiendo las alas. Cuando se les acostumbró la vista, vieron otro. No, dos. No, tres. No, cuatro. No, cinco. No, seis. Se paseaban por el césped con sus andares como en marcha atrás, ondulantes, fibrosos. Dos de ellos alzaron el vuelo a la manera de las aves, como en un ballet, pasaron por encima de la cerca y se posaron en el agua. Luego metieron la cabeza por debajo de la superficie. ¿Qué pensaban, que había comida dentro? Sus ojos tenían una inteligencia desconcertante. Sus alas eran más anchas de lo que cabía pensar. En descanso las apretaban mucho contra el saco del cuerpo, pero desplegadas... desplegadas eran majestuosas. Parecía mentira que fueran tan hermosos. La lógica se disipó.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Al principio, *Dejar el mundo atrás* parece una comedia urbana: una familia de neoyorkinos de clase media quiere vivir durante una temporada como si fuera rica. ¿Qué os han parecido Amanda, Clay y sus dos hijos?
2. El autor da muestras de sentido del humor cuando, por ejemplo, describe los anhelos sexuales que florecen en el matrimonio tan pronto como inician las vacaciones. ¿Qué significado dais a estos detalles tan mundanos?
3. La aparición del otro matrimonio, compuesto por G. H. y Ruth, genera el primer giro narrativo de la novela y cambia totalmente el tono de la misma. ¿Cómo afecta esta aparición al argumento?
4. El autor sabe introducir con disimulo el tema del racismo. Amanda es el personaje que más dudas tiene sobre ese matrimonio de afroamericanos que se ha presentado en su casa. Teniendo en cuenta que Amanda y Clay son un matrimonio liberal, ¿creéis que su desconfianza hacia los negros está justificada?
5. Pero, además, el autor también introduce el tema del clasismo. Porque Ruth mira ligeramente por encima del hombro a Amanda, que pertenece a la clase media, mientras que ella es una mujer adinerada que vive en la mejor zona de Manhattan. ¿Cómo afecta a su relación este clasismo?
6. Pero hay un segundo giro narrativo cuando el bosque empieza a convertirse en un lugar tenebroso. ¿Sospechabais hacia dónde nos estaba dirigiendo el autor?

7. Existen varias posibilidades sobre lo que está ocurriendo: atentado terrorista, guerra mundial, bombas sucias... Al principio, ¿por cuál os inclinabais?
8. Pero enseguida aparece la posibilidad de una reacción de la Naturaleza ante las amenazas a la que los seres humanos la tienen sometida. ¿Creéis que podría pasar algo así?
9. La novela también transmite la constante necesidad de los padres de proteger a sus hijos. ¿Creéis que el autor ha reflejado ese instinto de un modo eficaz?
10. La novela también plantea la enorme dependencia que tenemos de la tecnología. ¿Os ha hecho plantearos vuestra necesidad de vivir rodeados de pantallas?
11. *Dejar el mundo atrás* acaba bruscamente. ¿Por qué creéis que el autor no ha querido seguir adelante?
12. ¿Qué creéis que ocurre tras el último capítulo?
13. ¿Qué opináis de la estructura de la novela?
14. ¿Qué pensáis del estilo con el que la novela está escrita?
15. ¿Qué cambiaríais del argumento?

EL AUTOR



© David A. Land

RUMAAN ALAM, que estudió creación literaria en el Oberlin College y reside en Nueva York con su familia, colabora en *The New York Times*, *New York Magazine*, *The New Yorker*, *The New York Review of Books*, *Bookforum* y *The New Republic*, revista de la que es editor adjunto. Es autor de las novelas *Rich and Pretty*,

That Kind of Mother y *Dejar el mundo atrás*, un fenómeno editorial cuyos derechos de traducción se han vendido a veintitrés idiomas y del que se prepara una gran adaptación de Netflix con Julia Roberts y Denzel Washington como protagonistas.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una obra reveladora que ofrece afiladas observaciones sobre la raza, la clase social y el opulento espejismo de la seguridad, junto con una visión apocalíptica muy verosímil.»

Publishers Weekly

«Un libro extraordinario: un auténtico *thriller*, un brillante destilado de la actualidad que merece figurar entre los clásicos de la literatura distópica.»

The Washington Post

«Una combinación fabulosa de prosa hábil, visión despiadada de la sociedad de consumo y hechos muy impactantes.»

USA Today

«Una narración profética sobre la atmósfera anímica del momento.»

Vogue

«Un libro muy especial, escrito de maravilla, con una resonancia muy emocionante, que no puedes dejar de leer. Alam explora ideas complejas sobre el privilegio y el destino con un ingenio y una elegancia milagrosos.»

Jenny Offill, autora de *Departamento de especulaciones* y *Clima*

«Imponente. [...] Un texto excepcional, lleno de inteligencia, emoción y alucinaciones.»

The Observer

«El mundo invisible y terrorífico de este libro recuerda a la sensación vigente de alarma.»

The Financial Times

«Divertida, mordaz, esclarecedora en cuestiones de modernidad, raza, paternidad y hogar, *Dejar el mundo atrás* es una historia de nuestro apocalipsis compartido, una mirada a la humanidad en el instante de su caída desde una altura enorme. Ninguna novela me había perturbado tanto desde *Nunca me abandonas* de Ishiguro.»

Carmen Maria Machado, autora de *Su cuerpo y otras fiestas* y *En la casa de los sueños*

«Un análisis excepcional de la raza y la clase social, y del aspecto que tiene el mundo cuando se acerca a su final.»

Roxane Gay

